

La minificam en Colombia (2002)

González Martínez Henry

Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

Cristo Figueroa¹

El texto forma parte de la serie La Avellana, creada gracias al Convenio de Cooperación entre la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia y la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Dicha serie está empeñada en difundir la producción minicuentística hispanoamericana por medio de antologías en cada país; el profesor Henry González, de la Universidad Pedagógica Nacional, elaboró la correspondiente a Colombia, libro cuya reseña presento a continuación.

Generalidades

El texto, producto de una investigación más amplia de su autor, contiene dos dimensiones complementarias: la reflexiva y la antológica. La primera resitúa el origen, la naturaleza y los límites de la minificción e intenta establecer su genealogía en América Latina y Colombia. La segunda contiene una muestra significativa del “género” en nuestro país durante el siglo XX: treinta autores nacidos desde 1904 (Luis Vidales) hasta 1965 (Juan Federico Torres) cuentan con reconocimiento nacional e internacional; otros están consolidando su producción.

Mientras en el “Estudio preliminar” se destaca la fundamentación conceptual, la actualización bibliográfica y la claridad comunicativa; en la “Selección de minificciones” sobresale el manejo de fuentes primarias, los criterios de selección, la variedad temática y la pertinencia de las fichas biográficas como guía general para los lectores interesados. En este sentido, el libro de Henry González incluye dos objetos fundamentales: uno de índole conceptual

y pedagógica, encaminado a clarificar el estatuto literario de la minificción y su lugar en las geografías narrativas; y otro de difusión cultural, encaminado a mostrar que, en la literatura colombiana, la minificción ha sido cultivada desde comienzos del siglo XX y cada vez se abre espacio como opción estética y comunicativa. La unión de estos dos objetivos multiplica las funciones que cumple el libro: genealogía básica de la minificción, cartografía fundamental del género en Colombia, intento de historia literaria ilustrada del mismo y corpus de primera mano para trabajos exegeticos, de crítica y de comparativismo literario.

Estudio preliminar

Henry González, fundamentado en las célebres propuestas de Ítalo Calvino, destaca sintonía entre la literatura de fines del siglo XX y los ritmos del mundo contemporáneo; uno de los resultados de las marcadas tendencias a la concentración, la brevedad, la síntesis del pensamiento y la rapidez es el surgimiento de la minificción como categoría transgénica, abarcadora de un área más vasta que la del sólo minicuento, el cual se identifica con una forma de relato breve, sujeta a un riguroso esquema narrativo.

El origen incierto del género y su doble estatuto oral–escrito se rastrea en las milenarias tradiciones orientales (hindú, china, hebrea, persa), en las cuales aparecen fábulas, apólogos, leyendas, máximas, aforismos, consejos, mitos, etc., como expresiones autónomas o insertas en libros de resonancia universal –*El panchatantra*, *El talmud* o *Las mil y una*

1 Magíster en Literatura Pontificia Universidad Javeriana

noches–; estos relatos ancestrales se despliegan luego en Europa mediante complejas tradiciones orales, especialmente durante la Edad Media, y después adoptan distintas formalizaciones y usos en los más variados autores de distintas historias literarias.

Por otra parte, la proliferación de denominaciones para las creaciones literarias breves –minitexto, minificción, microrrelato, microcuento, relato enano, relato vertiginoso, etc.– connotan “la indeterminación de los límites genéricos y la incertidumbre que existe respecto a su ubicación” (p. 15); de todas maneras, más allá de múltiples denominaciones, con la minificción como categoría transgenérica, nos encontramos “ante una creación literaria heteróclita, fronteriza y perdurable, en la medida en que revela inventiva, ingenio, esfuerzo creador, concentración verbal y gran economía en el lenguaje” (ibíd.).

En relación con Hispanoamérica, la emergencia de la minificción se explica, en gran parte, por medio del impulso que el modernismo dió al trabajo de escritura, al ritmo de la prosa y a la sugestión de la imagen; su consolidación, en cambio, se asocia con los movimientos de vanguardia de los años treinta del siglo XX, cuyo empeño en experimentar con las formas poéticas desemboca, entre otros aspectos, en la formalización del cuento como género autónomo, y, en este espacio, en la práctica consciente de una prosa breve, emparentada con la fábula, el relato clásico, el poema y la sentencia. En estos términos, el argentino Macedonio Fernández y el mexicano Julio Torri son precursores indiscutibles de la minificción a quienes se agregan las producciones de Pablo Palacio, Enrique Anderson Imbert, José Antonio Ramos Sucre, Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, Juan José Arreola, seguidos por Jairo Aníbal Niño y, por supuesto, Augusto Monterroso, entre otros muchos de una extensa lista.

Al trazar la genealogía del género en Colombia, el autor es más exhaustivo, se remonta hasta la Colonia y encuentra en las “historietas” insertas en *El Carnero* de Rodríguez Freyle, y luego en textos de autores del siglo XIX, los orígenes del cuento literario; de esta manera, puede localizar el lugar de minificciones y minicuentos para lo cual señala cuatro momentos significativos de su evolución durante el siglo XX:

El momento fundacional

Identificado con la publicación de *Suenan timbres* (1926), del poeta Luis Vidales, la cual, con inmediata repercusión en el exterior, sólo tuvo reconocimiento en Colombia al promediar los años setenta; Vidales no sólo se pone a tono con las vanguardias hispano-americanas, sino que inaugura una prosa breve en extremo, alimentada de paradojas, humor e ironía, colindante con la sentencia, el poema, el apólogo y la greguería.

Momento de maduración

Identificado con la resonancia que en los años cuarenta y sesenta encuentra la lección de Luis Vidales en textos breves de autores reconocidos en poesía y narrativa: Jorge Gaitán Durán, Álvaro Cepeda Samudio y Manuel Mejía Vallejo; desde ese momento, la minificción, lejos de considerarse expresión marginal, supera la limitada difusión y accede a libros y antologías.

Momento de consolidación

Ubicado entre años setenta y ochenta, coincide, por una parte, con el marcado interés que despierta el “nuevo género” en escritores de trayectoria y en relación con las preocupaciones por la oralidad, la cultura popular y los conflictos sociales; por otra, y especialmente, coincide con la creación de la revista *Ekúóreo*, dedicada por completo al estímulo y la difusión del minicuento; el nacimiento de esta publicación se conecta con la juventud universitaria, que decide manifestar su rebeldía ante la situación social del país y la retórica desgastada del quehacer literario; con 37 números publicados entre 1980 y 1992, la revista sintetiza:

A nivel colombiano, las nuevas formas de escritura liviana y versátil en las cuales los escritores pretendían revelar una nueva sensibilidad estética esencialmente urbana, relacionada con el lenguaje de la publicidad, el video clip, y otras formas discursivas propias de los medios de comunicación y caracterizadas por la brevedad (p. 23).

De manera simultánea, con la creación y difusión del minicuento, sobresalen reflexiones teóricas encaminadas a definir una poética del mismo y a deslindarlo de otros géneros, caso de Laurian

Puerta, quien en la revista *Zona de Barranquilla*, publicó un “manifiesto”, en el que el minicuento cumple una función subversiva frente al canon literario del país.

Momento de reconocimiento y plena aceptación

Ubicado entre los años noventa y nuestros días, evidencia múltiples canales de difusión del minicuento, con el objeto de ponerlo al alcance de los lectores: publicación permanente de antologías u obras de autores individuales: *Antología del cuento corto colombiano*, 1994, de Guillermo Bustamante y Harold Kremer, y *Breve teoría y antología sobre el minicuento latinoamericano*, 1993, de Rodrigo Díaz y Carlos Parra; investigaciones académicas que fomentan su conocimiento y su cultivo: *Ambiente hipermedial para el desarrollo de la didáctica literaria a partir del minicuento*; proyecto en curso, desarrollado por profesores de la Universidad Pedagógica Nacional; *Elementos para una teoría del minicuento*, 1996, de Nana Rodríguez; *Cuento y minicuento*, 1997, de Ángela María Pérez Beltrán.

Asimismo, sobresalen concursos institucionalizados que contribuyen a la difusión del minicuento: el Concurso Anual de la Alcaldía Mayor de Bogotá, el Concurso Departamental de Minicuentos convocado por la Gobernación del Huila, el Concurso de Cuento Breve organizado por el periódico *El Tiempo*; a todos estos se suman convocatorias de casas de cultura, universidades y revistas entre los que se destaca El Mínimo Esfuerzo, de la revista *El Malpensante*.

Finalmente, la producción de minificciones y minicuentos demuestra su aceptación en medios académicos culturales y sociales y constituye un espacio en el que se cruzan, al menos, dos generaciones, pues al lado de autores consagrados en el género –Niño, Sánchez Juliao, Román, Arciniegas, Botero, Restrepo, Fayad, Suescún, Tafur, Flórez, Kremer o Buitrago– publican autores más jóvenes, empeñados en conquistar un espacio: Guillermo Bustamante, Nana Rodríguez, Pablo Montoya, Gabriel Pabón, Juan Federico Torres, Carlos Arturo Ramírez, César Ariza y varios más que se están dando a conocer.

Selección de minificciones

Los cincuenta textos de treinta autores (de veinte de ellos, se publica una minificción y de diez, se

escogen tres muestras) conforman un corpus suficientemente representativo de las modalidades del género tanto a nivel temático como en lo relacionado con estructuras narrativas, formalizaciones y efectos de sorpresa o de desinstalamiento en el lector.

Las minificciones colombianas -animadas por una dimensión epifánica, semejante a la de sus análogas latina y norteamericanas- más que relatar una historia, intentan capturar un hecho, un instante o una acción reveladoras de una determinada problemática de la vida y de la literatura sin que importe mucho el dónde y el cuándo.

En muchos casos, se sigue de cerca el modelo de Monterroso –construcción centrípeta, alta economía expresiva, elaboración elíptica– para crear órdenes posibles que desafían la lógica causal y desestabilizan las convenciones habituales del lector. En otros casos, se crean ambientes limítrofes de lo absurdo, al tornar enigmático y oscuro lo trivial y cotidiano; se hacen coincidir temporalidades diferentes en asombrosas confusiones de fantasía y realidad, o se privilegia el límite indefinible entre sueño y vigilia como forma de conocimiento.

Tan selecta es la muestra que casi posibilita pensar una historia literaria de la minificción en Colombia. En efecto, motivos de rancia estirpe literaria, elaborados con voluntad miniaturista, establecen vínculos secretos entre autores y textos. Las recurrentes problemáticas de la muerte, el tiempo, el amor y la vida, por ejemplo, establecen un diálogo de voces y visiones: la inminencia de la muerte –lo no reflejado en el espejo– (Kremer) desvía los recuerdos de la vida, y aquélla tiene tal consistencia que quien la sueña despierta apuñalado (Mejía Vallejo); en otros casos, la muerte y el dolor son habitantes cotidianos que si bien perturban al hombre (Gonzalo Arango), éste sabe que sólo puede aplazarla (Germán Santamaría) o asumirla tranquilamente porque se sabe habitado por ella (Vidales), convocarla en un gesto de resistencia (J. C. Botero), o adivinarla en una sesión de quiromancia (Torres Mantilla).

No obstante, el hombre descubre sorprendido que el sentido de la vida se identifica con la búsqueda incesante y no con los arribos definitivos (Carlos Arturo Ramírez) -que el contacto de dos labios propicia la vivencia de la infinitud del amor (Rodríguez Romero)- en cuya dinámica el placer deviene en

dolor y viceversa (Arciniegas); de allí la necesidad de aprender a catar el tiempo, que a veces no se reconoce por empalagoso (Rodríguez Romero), de descubrir el erotismo vital en el abrazo de un alga marina (Zalamea) o de percibir la vida condensada en la resolución de un crucigrama (Obregón). No es casual la presencia de minificciones que reescriben otros textos para forzar la historia o para evidenciar significados en calidad de valor agregado: andar con el libro de Poe significa tener los pies sobre la tierra, pues la fantasía es quizá la mejor forma de conocimiento de lo real (Caicedo); la mujer de Lot, convertida en estatua de piedra y transportada por él a la cocina, origina un ritual siempre gratificante de efecto culinario y afrodisíaco (Pabón Villamizar), o el célebre relato homérico del caballo de madera como símbolo de victoria aquea se transforma en la persecución que éste hace a una yegua, también de madera, construida por los troyanos como símbolo de su triunfo sobre aquellos (Bustamante Zamudio).

No faltan motivos subordinados que mediata-mente nos ubican en la situación del país: el hambre colectiva toma cuerpo en la mente de un empleado, quien piensa en el almuerzo que lo espera mientras viaja en un bus (Caicedo), las venganzas interrumpidas se perpetúan en los sueños (Fayad), el miedo se encarna en una noche de vigilia como dolorosa forma de conocimiento (Mutis), la ruptura de la comunicación genera la pérdida de rumbos y el fin de las utopías (Hoyos Olier), o la traición de la esposa concentrada en la última mirada que retiene el marido moribundo (Arciniegas). Sin embargo, el aburrimiento es capaz de generar estrategias que pretenden cambiar el mundo (Cepeda) o existen lectores que descubren la poesía donde el autor no la intuyó (Rodríguez Romero).

Finalmente, la antología de minificciones privilegia el efecto sorpresa para el lector, quien, sintiéndose fuertemente apelado en su intelecto y en su sensibilidad, empieza a ser más, a saber más o a sentir más: mientras los hombres destruyen el paraíso natural, los gigantes de otro génesis cuidan y disfrutan el mundo creado (Román); la autoconciencia de fealdad se traduce en felicidad (Cepeda), las ficciones devienen en realidad –sólo el Conde Drácula es el espectador de las películas inspiradas en él (Caicedo) y los leones se regocijan al saberse objeto de éstas (Cepeda)–, los sucesivos cierres y aperturas de puertas traducen el equilibrio inestable del mundo (Vidales). Por otra parte, colocarle el cascabel al gato no es cuestión de ratones, sino de serpientes (Niño); la víctima sigue viviendo en el victimario por medio de una asombrosa suplantación de personalidades (Ayala Poveda), el psiquiatra descubre que sólo es feliz en el manicomio (Suescún), el microbio observado por el científico se convierte en observador y es quien gana premio de oftalmología (Sánchez Juliaio); en fin, el lector tiene claro que no es posible contrariar el destino (Fayad), ni deshacerse de una infeliz relación de parejas (Carmen C., Suárez); a la vez, es contundente la convicción según la cual sólo vivimos espejismos (Niño), y son asombrosas las revelaciones que invierten la lógica causal, cuando un pequeño tranquilamente devora la rata que lo ha atacado (Moyano), o una tigresa que, fascinada al descubrir que sus víctimas (unos monos) caminan erguidas, les perdona la vida (Mora).

Con base en todo lo anterior, creo que esta investigación sienta las bases para un valioso estudio histórico sobre el minicuento como uno de los géneros de escritura artística en nuestro medio y le despeja horizontes a otras creaciones afines que estamos en mora de rescatar para la historia de la literatura colombiana.